

**MACHOS QUE NO TIENEN NI MADRE:  
LA PATERNIDAD Y LA MASCULINIDAD  
EN LA CIUDAD DE MÉXICO**

Matthew C. Gutmann  
Versión española de  
Pastora Rodríguez Aviñoá

**A propósito** de los comentarios de un funcionario bancario

Cuando hacía trabajo de campo sobre la cambiante identidad masculina en la colonia popular de Santo Domingo, al sur de la ciudad de México, tuve oportunidad de asistir a reuniones académicas y sociales fuera de la misma. A mediados de agosto de 1992, concurrí a una conferencia sobre la sociedad mexicana actual. Antes de entrar en materia sobre la crisis económica de 1982, el neoliberalismo y el Tratado de Libre Comercio, un funcionario bancario se presentó a los asistentes como un esclavo de su esposa y de las mujeres que trabajaban con él. Es el tipo de broma sobre el trastocamiento de los roles de género que a veces se escuchan en México, cuya sociedad parece estar muy consciente de su fama de machismo desembozado.

Esa misma noche asistí a una fiesta con mi esposa, Michelle, y nuestra bebida, Liliana, que a la sazón contaba dos meses de edad, en la elegante colonia de San Jerónimo. Llevaba a Liliana en un canguro, cuando el mismo funcionario me aclaró entre risas inten-

cionadas: "¡Los hombres mexicanos no cargamos a los bebés!". Un tanto desconcertado, le respondí que, donde yo vivía en la ciudad de México, los hombres cargaban bebés y niños chicos, es más, era algo muy común.

El comentario de este individuo traía a colación varios asuntos, uno de los cuales se halla muy ligado a las diferencias de actitud y conducta ante la paternidad entre la clase alta y la clase baja. En otras palabras, en lo tocante a la paternidad, al igual que en otros aspectos relacionados con la identidad y ciertas costumbres masculinas, no existe un patrón único de masculinidad que sigan todos los hombres mexicanos. De hecho, en México la diversidad constituye un elemento preponderante del carácter ambiguo de la masculinidad.

Pero, volvamos a la fiesta. No podía ignorarse el aspecto pedagógico de la escena: he aquí un mexicano que explicaba la "cultura mexicana" a un antropólogo norteamericano que estaba viviendo en su país para hacer investigación sobre ese tipo de temas. En cierta manera, se aludía de modo implícito al cambio cultural, como si hubiera estado pensando: "Nosotros, los hombres mexicanos, aún no hacemos eso". En cualquier contexto cultural, las conjeturas básicas de fondo influyen en las palabras y la conducta de los actores; en este caso, las conjeturas sobre la paternidad en México se mezclaban con un modelo imaginario de la paternidad en Estados Unidos.

En el curso del trabajo de campo sobre la identidad masculina en México, descubrí que prácticamente todo el mundo tiene una opinión definida y una explicación de las distintas actitudes y conduc-

tas relacionadas con el género. Los colegas y conocidos del funcionario bancario, por ejemplo, insistían en que otros factores eran clave para entender su aserto de que los hombres mexicanos no cargaban a los niños. Adujeron diferencias regionales. El funcionario provenía de Durango, un estado con fama de rancheros; según ellos, los hombres de esa zona eran más broncos que en el resto del país. Por supuesto, añadían mis informantes, los hombres de Durango tenían escaso contacto con sus hijos.

Por otra parte, en la actitud del funcionario influía su historia política, como me informó posteriormente un profesor universitario. Aquél había disfrutado de una carrera breve pero brillante a finales de los años sesenta cuando era maoísta; posiblemente el cambio político radical en favor de la banca capitalista le había afectado de modo similar para reafirmar más tarde el *statu quo* en divisiones del trabajo determinadas por el género en lo tocante a la paternidad. Eso, al menos, era lo que creía el profesor.

Ahora bien, independientemente de que estas interpretaciones sean un reflejo de la historia, de los lugares comunes prevalecientes o del chovinismo capitalino hacia la provincia, se vuelven una cuestión menos mística cuando se toma en cuenta que el modo como la gente se caracteriza a sí misma y a los otros constituye quién y qué son. Las interpretaciones y análisis autorizados o populares de las identidades culturales se convierten a su vez en parte de lo que es la vida social.

Tal vez el comentario del funcionario fuese una broma. Pero al humor hay que tomarlo en serio, pues lo que resulta divertido para algunos, no necesariamente lo es para otros, y puede aprenderse

tanto de bromas, sarcasmos, apodos, ridículo, dobles sentidos y al-bures como de cualquier otro tipo de discurso humano. En Santo Domingo, a menudo usaba el ejemplo de mi incursión en las fiestas de la clase alta para aclarar, por medio de la comparación, la experiencia y las opiniones de mujeres y hombres de la colonia sobre el hecho de cargar a sus hijos bebés. Independientemente de que la afirmación del funcionario de la banca fuera o no una broma, la reacción de los residentes de Santo Domingo era negativa. A menudo la gente respondía con críticas a los ricos por su comportamiento como padres, al hacer comentarios de esta guisa: "¿Qué sabrán ellos? Tienen sirvientas que cuidan a sus hijos".

A veces me daban un ejemplo específico para refutar la generalización de que los hombres mexicanos no cargan a sus bebés. Una mujer joven puntualizó: "Es una tontería. ¿No has visto al que vende verdura en el mercado sobre ruedas los sábados, el que tiene a su niño en una caja de cartón debajo del puesto?"

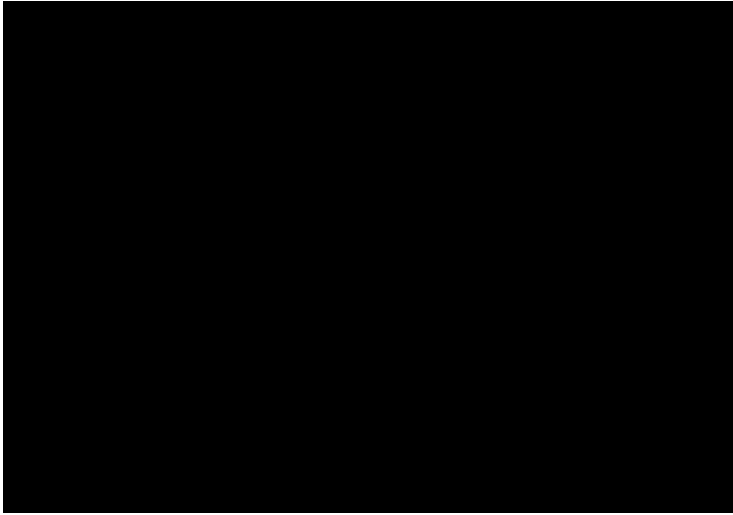
La colonia Santo Domingo, veinte años después de que paracaidistas se asentaron en el área, otrora deshabitada, se ha convertido en una comunidad dormitorio de más de 100 mil habitantes. Se trata de un barrio en el que los residentes han aunado su mano de obra abundante y sus magros recursos financieros para construir no sólo sus hogares sino también casi todas las calles, así como muchas de las líneas de energía eléctrica y las escuelas. Es una colonia como muchas otras de la ciudad de México, pues está llena de hombres y mujeres pobres que viven en condiciones de hacinamiento, compartiendo y peleando por lo poco que tienen. Pero, en muchos aspectos, es única, debido a su

historia particular, en especial la vivida por las mujeres en su papel de militantes y activistas en favor del desarrollo de la colonia.

El comentario del funcionario del banco planteaba varias interrogantes sobre la paternidad en México (tales como si existían diferencias significativas en el ejercicio de la paternidad entre la clase trabajadora y la élite), la paternidad en las diversas regiones y en las distintas épocas históricas.

### La fotografía de José Enríquez

En abril de 1989, al caminar por el centro de la ciudad de México, pasé por delante de una tienda de instrumentos musicales y algo llamó poderosamente mi atención. Le tomé una fotografía a un individuo que sostenía en sus brazos a un bebé. Cuando, posteriormente, enseñé la foto a antropólogos y a otros amigos en Estados Unidos, muchos tuvieron una reacción curiosa. "No puede ser", me dijo sorprendido uno de ellos. "Sabemos muy bien lo machos que son en México". En ese tipo de comentario se hallaba implícito que, si bien los machos pueden engendrar hijos, no los cuidan, porque eso es cosa de mujeres; y los machos, por definición, rehuyen ese tipo de obligaciones. La fotografía, o más precisamente la reacción de varias personas al verla, despertó mi interés inicial en el tema: qué se sabe y qué se ignora sobre la identidad de los hombres mexicanos y sobre la identidad masculina.



(Pie de foto: Reuní docenas de comentarios sobre esta foto de José Enríquez meciendo a un niño en una tienda de instrumentos musicales de la ciudad de México en 1989).

Siempre llevaba conmigo esta foto en México, y en el curso del trabajo de campo en 1992-1993, registré docenas de comentarios sobre la foto de gente que vivía en Santo Domingo, así como de antropólogos y residentes de otras partes del país.<sup>1</sup> Esto me permitió ofrecer una explicación más fácil sobre la naturaleza del proyecto de investigación que estaba llevando a cabo; es más, me metió en numerosas discusiones acerca de la paternidad que, en otras circunstancias, tal vez no se hubiesen dado.

Entre los comentarios sobresale el de Carlos, un chofer de camión, padre de tres muchachas adoles-

<sup>1</sup> Mi uso de la fotografía fue similar a la utilización que hacen los etnógrafos de la Prueba de Percepción Temática (PPT), una serie de dibujos de diferentes escenas familiares en todo el mundo que se muestran a los informantes para obtener sus interpretaciones culturales. Me fueron de gran ayuda ciertos estudios etnográficos recientes de Jelin, Vila y D'Amico p. 31; y García Canclini, Sefa y Grobet (1989) y su uso de fotografías en Buenos Aires y Tijuana, respectivamente.

centes, que me preguntó: "¿Está enferma su esposa? Tiene cara de estar sufriendo". Un antropólogo, versado en México y en las complejidades de la etnicidad en el país, me señaló que probablemente el individuo de la foto era indígena, porque rara vez se observaba ese tipo de conducta entre los hombres mestizos.

Una tarde, mientras tomaba unas copas con tres amigos, cuyas edades fluctuaban de treinta y tantos a cuarenta y pocos años, pasé la foto de mano en mano, y todos coincidieron en que la situación era "muy normal". Se nos acercó la hija de uno de ellos, que contaba unos seis años de edad, y le pregunté si su padre la había cuidado así cuando era pequeña. Respondió afirmativamente y, añadió, que había hecho lo mismo con sus hermanitos un hombre un poco mayor, de unos cincuenta y tantos años, me dijo: "Muy bien", tras echar un vistazo a la foto, y me informó que él siempre había cargado a sus cinco hijos aunque un vecino seguía burlándose de él por haberlo hecho. Atribuía el modo de pensar de su vecino a que éste era alcohólico.

Norma, una vecina y madre de un niño de cinco años, me comentó que el hombre «se ve muy tierno» con el bebé. Una organizadora comunitaria feminista, que trabaja en Santo Domingo pero no vive allí, me dijo que el individuo se veía "alejado" y que la situación le parecía forzada. Eugenia, madre de cuatro criaturas y propietaria de la tienda de la esquina de la calle Huehuetzin, donde vivíamos nosotros en Santo Domingo, insistía en que "en la ciudad, los hombres sí hacen estas cosas" (cargar y cuidar a los hijos), pero no en el pueblo del estado de Hidalgo de donde ella provenía. Fer-

nando, encargado del estacionamiento de un supermercado Gigante cerca de la colonia, que se identifica como campesino de Puebla, afirmó tajantemente que "Yo sí cargo a mi hija", admitiendo de modo implícito que él sabe que los hombres no cargan a los bebés. "De seguro", me informó un individuo, "este hombre está cargando al bebé porque su patrona lo obligó. Véle la cara. Ése no es su hijo".

Una amiga antropóloga afirmaba que la fotografía era irreal y que su esposo nunca había cargado a sus hijos. Le pregunté de qué clase social provenía. "De la clase alta, educada, liberal. Siempre teníamos al menos dos sirvientas cuando los niños eran pequeños". Hemelinda, una maestra de secundaria que vive y trabaja en Santo Domingo, decía que la escena de la foto era "Lo más natural en el mundo: la forma en que los mexicanos actúan como padres". Me resultó curioso que, en dos ocasiones en que mostré la foto a grupos separados de individuos más viejos en la colonia Santo Domingo, el primer comentario fuese una pregunta: "Así que te gustan las mandolinas, ¿eh?" En uno y otro caso, tuve que señalar al hombre que abrazaba al niño y preguntarles qué pensaban de eso. "Normal", fue la respuesta más común. María Elena, que tenía varios meses de embarazo cuando le enseñé la fotografía, la definió como "realista, lo que ellos tienen que hacer", y acto seguido me preguntó: "¿No has visto que aquí los hombres hacen lo mismo en las tiendas?"

Lo interesante en las reacciones ante la fotografía era que las interpretaciones no sólo eran diferentes, sino que caían en categorías totalmente opuestas: la foto descrita era o bien lo más natural del mundo, algo que no valía la pena comentar, o una anomalía, una



aberración que sería irresponsable de mi parte interpretar como representativa de cualquier número significativo de varones en México. Por añadidura, la descripción más común de la situación en Santo Domingo era "normal", mientras que entre los antropólogos y otros

<sup>2</sup> Una excepción notable a estas respuestas divididas por clase fue la del ensayista y cronista semi-oficial de la ciudad de México, Carlos Monsiváis (entrevista con el autor, 20 de febrero de 1993), que comentó al ver la foto: "Me parece normal".

profesionales se pensaba que era algo muy extraño.<sup>2</sup>

No satisfechos con examinar sus experiencias personales, mucha gente revelaba en sus respuestas un deseo de resumir lo que implica la paternidad en

general para los hombres mexicanos, y, de este modo, la conciencia generalizada y muy contradictoria respecto de la masculinidad en la capital y en otros lados.

El 18 de enero de 1993, casi cuatro años después de tomar la foto, me propuse hallar la tienda de instrumentos y al individuo bigotudo detrás del mostrador. No podía recordar la dirección, pero tras deambular por las calles del centro de la ciudad de México por un par de horas pasé ante una puerta y avisté las mandolinas colgadas de la pared. Al mostrar la foto a una joven que se encontraba tras el mostrador, gritó presa de una gran excitación: "José, ven rápido, eres tú. Un hombre trae una foto tuya". Apareció José. Se había afeitado el bigote, pero llevaba puesta una camisa azul parecida. Por fin, iba a saber la verdad. ¿Pertenece a un grupo indígena? ¿Se sentía cómodo o incómodo ese día con el niño en brazos? ¿Era hijo de su patrón o propio? ¿Se trataba de algo normal o de un suceso fortuito? En suma, ¿por qué estaba cuidando al bebé ese día?

José Enríquez me explicó pacientemente que no tenía ni idea de por qué razón estaba cuidando al bebé ese día. Era el hijo de una

mujer que vivía en el piso de arriba en el mismo edificio; sonrió al añadir que el muchacho ya estaba en kinder. La madre a menudo dejaba a su hijo con José cuando tenía que ir a algún mandado. ¿Dónde estaba el problema? Él ahí andaba, no iba a ninguna parte, y con gusto echaba una mano. Sucedió de continuo. "¿Cómo iba a recordar ese día en particular?", me preguntó retóricamente. Con frecuencia, si se ofrecía, cuidaba a los hijos de otras personas. José también me habló de haber crecido en la ciudad de México, de su familia, de sus propios hijos. Después de mostrarme una foto de éstos, le dejé un par de copias de la que había tomado de él con el niño en brazos.

Las respuestas a la fotografía de José Enríquez son reveladoras de las propias experiencias del observador con la paternidad, así como de la miríada de prejuicios acerca de la experiencia paterna de otros. En mi opinión, ilustran asimismo que el reconocimiento consciente de los patrones culturales pueden ir a la zaga de los cambios reales en la práctica. Muchas, si no todas, de las interpretaciones deben ser juzgadas como correctas —no en el sentido de que existen tantas «realidades» diferentes como hay intérpretes, sino más bien porque hay una gama amplia de hábitos relacionados con la paternidad—, a pesar de la tentación omnipresente de considerar las experiencias propias como algo normal y las de otros como algo raro. En resumen, los distintos comentarios sobre la foto de José Enríquez muestran una verdadera diversidad de expectativas acerca de la paternidad basada en experiencias paternas sumamente diferentes.

## Padres y madres naturalizados

<sup>3</sup> Mead,  
1949: 188.

Margaret Mead<sup>3</sup> sostiene que el carácter distintivo de las sociedades humanas estriba "en la conducta alimentadora del varón, que, entre los seres humanos de todas partes, contribuye a proporcionar comida a las mujeres y los hijos". Si bien distan de la idílica clasificación de Mead, en Santo Domingo, como en otras partes de México, tanto en la actualidad como en tiempos históricos, la participación activa del varón en las labores ligadas a la paternidad no necesariamente significa una mejoría (o un empeoramiento) en la posición de las mujeres vis-a-vis sus maridos o los hombres en general.

Las mujeres de la colonia Santo Domingo suelen pasar más tiempo con los niños que los hombres. Conforme a la mentalidad de la mayoría de las mujeres y de los hombres de la zona, los niños, en especial los de tierna edad, "deben estar" con su madre y otras mujeres. Un buen día, al llegar a la tienda de la esquina cargando a Lilibiana, César, un vecino anciano, me preguntó: "¿No extraña a su mamá?" Eugenia, que a la sazón trabajaba en la tienda, asintió ante la pregunta. Traté de explicarles que, si bien su madre pasaba mu-

<sup>4</sup> Sobre las teorías que sostienen que los lazos tienen una base más biológica que histórica o cultural, véase Harlow (1981) y Bowlby (1953, 1969).

cho tiempo con Lilibiana, también yo lo hacía, y que en mi opinión la proximidad era un factor determinante en el afecto del niño por los demás.<sup>4</sup> Para

ellos, ése no era el punto a discusión: existía un vínculo natural e intransferible en la dependencia mutua entre madre e hijo que campeaba sobre cualquier otro, una relación cualitativa que ningún tiempo pasado conmigo podría desplazar. En México, se dice que los

niños chicos sufren "mamitis", mientras que la "papitis" es una enfermedad desconocida.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Véase Gutmann, 1998a.

En la colonia, hombres y mujeres aceptan como algo incuestionable ciertas nociones prevalecientes sobre el instinto materno. Dichas nociones son resultado de la doctrina católica, que fomenta la domesticidad femenina, y de la lectura de revistas populares como *Selecciones*, que presentan como teorías científicas los vínculos biológicos entre madre e hijo.<sup>6</sup> En este caso particular, los hombres y las mujeres de más edad y las mujeres jóvenes suelen exponer las teorías de los vínculos madre-hijo: los hombres jóvenes, y me refiero especialmente a los padres jóvenes, suelen mencionar que para ellos y sus esposas resultó más conveniente que las mujeres cuidasen a los niños so pretexto de que las mujeres los amamantan, los hombres pueden ganar más dinero, etcétera.

<sup>6</sup> Nancy Scheper-Hughes (1992) ha criticado muchas teorías culturales feministas y psicológicas que versan sobre el "instinto" materno y los lazos madre-hijo.

Tras haber pasado varios meses en Santo Domingo, y una vez que nuestra vecina Ángela, una mujer de cincuenta y muchos años, comenzó a cuidar a nuestra hija Lilibian por las tardes, las relaciones entre nuestras dos familias se volvieron muy estrechas. Ella era ahora la abuelita, y como padres de Lilibian, Michelle y yo nos volvimos los hijos adoptivos *ex officio* de Ángela. Esto se tradujo en una mayor cercanía emocional y en mayor confianza mutua entre las dos familias, y abrió la puerta a todo tipo de bromas, a menudo, por supuesto, amistositas.

Lilibian a veces tenía cólico. Por mi parte, en ocasiones soy brusco y tengo mal genio. Para bautizar los nuevos vínculos familiares

recién adquiridos, y como para ponerlos a prueba al mismo tiempo, Ángela inventó la expresión: "Se pone matea", para describir a Lilibiana cuando estaba de malas por una u otra razón. Todo el mundo aplaudía el neologismo, que denotaba tener temperamento, con poco aguante, y la expresión continuó siendo utilizada todo el año por los miembros de la familia de Ángela (y, lamento decirlo, también por mi esposa). Si bien se usaba sobre todo en broma, para Ángela la frase implicaba también que rasgos como el mal genio o el aplomo se heredan directamente de los padres "biológicos". En Santo Domingo, hombres y mujeres a menudo hablan del comportamiento de los niños de un modo determinado debido a que "tienen la misma sangre" que sus madres o padres.

Se halla extendida la idea de que la genética controla por lo menos el aspecto físico de los niños. A Norma le divierte contar que Miguel se casó con ella porque es alta y fuerte, y, de este modo, Miguel, que en otro tiempo jugó fútbol profesional pero fue rechazado finalmente por su pequeña estatura, podía tener hijos más altos que él y más exitosos en los deportes. Estuve implicado en una discusión sobre genética y adulterio, según un tercero que me narró el intercambio que relato a continuación. Una tarde, una mujer sostenía en brazos a Lilibiana cuando otra le preguntó si la niña era su hija. "No, es de Mateo", respondió la primera. La otra, señalando los ojos azules de Lilibiana, comentó acto seguido: "Es verdad. Tú no podrías tener una hija así. No con tu marido". La primera le contestó sonriendo: "No, pero ahora ya sé cómo hacerle para que salgan así".

Ahora bien, yo no tengo la piel tan blanca como Michelle, así que a los ojos de mucha gente de Santo Domingo mi capital simbólico-genético como progenitor era menor al de ella. Al llegar un día a casa de su tía una fría mañana de febrero, Sara, una pequeña de cinco años, se me quedó mirando detenidamente. Minutos después, me comunicó lo que le estaba intrigando: "Nació la mamá güera, la bebé también. ¿Por qué no naciste así?" La afirmación implicaba que la culpa era de mis padres. De inmediato trató de bromear, al añadir a manera de explicación: "¿Por qué traes mugre?" Las características sexuales y raciales con frecuencia chocan entre sí, como en este caso en que mi semen, al transmitir la posibilidad de niños más morenos, no goza por entero de la ventaja que solía tener por ser un varón gringo.

Cuando la creencia en este tipo de constreñimientos biológicos es general, los padres tratan de influir en la adquisición de rasgos particulares de personalidad entre sus hijos por otros medios. Esto se puede observar en cómo se les pone a los hijos los nombres de sus padres. A las muchachas se les llama como a su madres (por ejemplo, la hija mayor de Lidia se llama también Lidia) o padres (la hija de Gabriel es Gabriela). Pero que yo sepa, a los varones se les pone el mismo nombre del padre, nunca el de su madre. Lo interesante de esta estrategia onomástica, al parecer, estriba en que las muchachas se pueden parecer a su madre o a su padre, mientras que los muchachos suelen ser animados a que enulen a su padre únicamente.

Aunque existen diferencias generacionales respecto a la responsabilidad de ser padre, con los hombres jóvenes, más activos en ge-

neral en sus labores de padres que sus progenitores o sus abuelos, aun algunos hombres que cuentan setenta años o más y se describen "como más machos que Jorge Negrete", hablan de haber tenido mucha responsabilidad en la crianza de sus hijos, en particular de los varones. Estos individuos con frecuencia relatan que llevaban con ellos a los muchachos cuando salían a hacer algún mandado o a visitar a amigos durante su tiempo libre, sobre todo los fines de semana. Suele ocurrir lo mismo hoy en día, comenzando cuando los niños, más a menudo los muchachos que las muchachas, llegan a los tres o cinco años de edad.

No obstante, los padres de la generación más antigua también dicen que, cuando sus hijos eran jóvenes, los hombres eran responsables más que las madres de enseñar a los muchachos habilidades técnicas y un oficio, que posteriormente serían necesarios para cumplir sus responsabilidades masculinas de adultos en su calidad de proveedores económicos. El hijo de Ángela y Juan, José, hoy en día asesor de seguridad a sus treinta y pocos años, fue enviado a vivir con el hermano de Ángela, Héctor, en Santo Domingo, cuando era aún un adolescente. Noé me contó que él y sus padres vivían por entonces en otro barrio, y que él pasaba el día vagabundeando en las calles, bebiendo, fumando y robando planchas de chicle en una fábrica donde el velador tenía un pata chueca y no lograba alcanzarlo ni a él ni a sus amigos. Santo Domingo, en comparación, era un medio menos siniestro. Tal vez había un elemento de mayor peso, su tío había abierto un taller en Santo Domingo y pudo ofrecer a Noé trabajo y enseñarle cómo manejar tornos y taladros. Noé ha desem-

peñado desde hace tiempo el mismo papel, el de padre putativo, con otros jóvenes que tienen problemas con la bebida o de otra naturaleza, ofreciéndoles trabajo y enseñándoles un oficio.

### **Padres e hijos antropológicos**

El discernimiento de diferencias históricas en los significados de la paternidad y las costumbres en lo tocante a ser padre en México suele requerir un examen cuidadoso de materiales etnohistóricos, en particular las contradictorias conclusiones de Oscar Lewis, cuyos escritos continúan siendo un punto de referencia de los antropólogos en México y los Estados Unidos. El registro etnográfico compilado por Lewis y otros es demasiado fragmentario para llegar a una conclusión firme, pero podría ser que, en muchas sociedades en las que predominan las economías rurales, como en México hasta décadas recientes, los vínculos entre padre e hijo se vean reforzados sistemáticamente por medio del entrenamiento y, posteriormente, el trabajo conjunto en la producción agrícola. Señalar que las relaciones de producción capitalista han resquebrajado estos vínculos, como lo han hecho con tantos otros, no significa que la vida familiar fuera bucólica en otros tiempos, sino simplemente que los roles de género y las relaciones cambian, y que lo hacen —si bien nunca de manera automática— en relación con sistemas económicos cambiantes de producción y organización.

La siguiente declaración sobre los roles de los hombres en tanto esposos y padres proviene de la etnografía clásica del México rural de Lewis, Tepoztlán, un pueblo de México.



La participación real del marido en los asuntos familiares y domésticos es mínima. Su trabajo es tajante; salvo en emergencias y para desempeñar trabajos tales como acarrear agua y reparar la casa, el marido no se preocupa de la casa ni de los niños.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Lewis, 1968: 130.

Esta caracterización de las relaciones familiares en el pueblo de Tepoztlán, Morelos, en los años cuarenta, podría aplicarse a puntos de vista (o supuestos) contemporáneos vigentes sobre la paternidad. Se trata de la perspectiva que muchos pueden haber tenido en mente cuando me comentaron que mi fotografía de José Enríquez era rara o irreal. Empero, el resumen teórico de Lewis ofrece un agudo contraste con parte de su material etnográfico sobre el papel de los hombres en las costumbres y sentimientos paternos. La perspectiva de los hombres mexicanos no tienen nada que ver con los hijos corresponde en parte a una imagen anticuada que se tiene dentro y fuera de México sobre las relaciones de género, una visión en buena medida basada en relaciones sociales reales y/o imaginarias, pasadas y/o presentes en el campo mexicano.

Antropólogos de los Estados Unidos y México tienen cierta responsabilidad de este estado de cosas, puesto que han sido, desde hace mucho, los principales intérpretes y cronistas de las ideas y conductas culturales respecto de la paternidad. Es significativo que Lewis se contradiga en el asunto de la relación entre padres e hijos, tal vez porque vio en la paternidad una actividad intrínsecamente doméstica. Unas cuantas páginas después de señalar la renuencia masculina a participar en las tareas domésticas y el cuidado de los

hijos, Lewis ofrece descripciones etnográficas que presentan un contraste marcado con lo que él (y otros) han afirmado sobre el papel de los hombres en la paternidad.

El padre asume un papel importante en la vida del hijo cuando ha crecido lo suficiente para ir al campo. La mayor parte de los niños disfrutan del trabajo en el campo en compañía de sus padres y esperan estas ocasiones con gran placer. Los padres, por su lado, se muestran orgullosos de llevar a sus descendientes al campo por vez primera, y con frecuencia muestran gran paciencia para enseñarlos.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> *Ibid.*,  
p. 139.

Esta descripción concuerda con la información etnográfica sobre el México rural, aunque, de nuevo, no con muchas de las caracterizaciones de la paternidad que ofrecen las ciencias sociales.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Véase, por ejemplo, Romney y Romney (1963); Foster (1972); Fromm y Maccoby (1970); Nash (1970); Ingham (1986); Taggart (1992).

Algunas de las peculiaridades modernas y urbanas de estos patrones podrían desembocar en una fuente de nuevos problemas en lo tocante a la paternidad. Justo, un individuo nacido en un rancho en el estado de Hidalgo, me comentó que en el campo los niños pueden acompañar a su padre o a su madre indistintamente, mientras que en la ciudad suelen verse obligados a permanecer en su casa, lo que significa que, en general, se quedan con sus madres y otras mujeres. Según la teoría freudiana, esto añade obstáculos al desarrollo psicológico ya de por sí suficientemente problemático: la necesidad de que el muchacho rompa los lazos primarios con su madre con el fin de convertirse en un hombre físicamente maduro.

Si los jóvenes en la actualidad pasan menos tiempo con sus padres que en otros tiempos, entonces, conforme a esta teoría, las madres se involucran aún más en el desarrollo de la identidad varonil de sus hijos, y el rompimiento con la madre se vuelve incluso más difícil y traumático.

### Niños y niñas

En estudios previos sobre las familias y los padres en el México rural, los antropólogos han destacado cómo las presiones económicas han influido para que las parejas tengan más hijos.<sup>10</sup> La presencia de

<sup>10</sup> Ver, por ejemplo, Arizpe (comp.)

más hijos se ha traducido en que un mayor número de miembros de la familia pueda trabajar en casa y en el campo, y otros más puedan ser enviados a laborar a las ciudades. Los hijos fungen, además, como un seguro adicional contra la incertidumbre de la vejez en una sociedad con escasas o nulas prestaciones sociales.

Ahora bien, las familias de todo el país, incluida la ciudad de México, tienen ahora menos hijos que en generaciones previas, y aquí vale la pena examinar algunas de las razones por las que hombres y mujeres de la colonia Santo Domingo desean tener hijos. Resulta complicado entender dichas razones, debido a que para la mayoría de mis amigos en la colonia tener hijos al casarse es lo normal: pocos de mis conocidos de Santo Domingo tienen una estrategia consciente de cara a la paternidad o, puesto en otras palabras, han decidido no tener hijos. Mucho más frecuentes son las bodas

apresuradas debido al embarazo de la novia; es decir, matrimonios contraídos para santificar la paternidad. Cuando Ángela me contó que su hija mayor se casó a los 16 años, le pregunté qué edad tenía ella al contraer matrimonio:

—A los diecisiete años y a los dieciocho nació mi hija.

—¿Y estás criticando a tu hija?

—Bueno, precisamente por la experiencia que yo tengo. Nunca pensé que mi hija se fuera a casar así. Yo tenía tantas ilusiones, tantos proyectos para mi hija. Estaba embarazada; por eso se casó.

—¿Tú no estabas embarazada cuando te casaste?

—También. La verdad finalmente.

Si bien algunos hombres quieren hijos para mostrar sus capacidades procreadoras y su virilidad, para otros muchos, así como para numerosas mujeres, los hijos proporcionan una forma de mostrar la valía propia en otros aspectos. A semejanza de lo que ocurre en las proyecciones vicarias, los padres de Santo Domingo a menudo hablan de sueños y objetivos para sus hijos, que van de ingresos elevados a matrimonios felices y estables. Muchos consideran el buen desempeño de los hijos como una prueba de los logros más significativos de los padres en la vida.

Existe otra razón por la que los adultos de Santo Domingo desean hijos. Se trata de una razón muy sencilla y para la gente de los Estados Unidos —donde los niños se consideran en general una lata— tal vez la explicación más difícil e ingenua de entender: mu-

chos hombres y mujeres de la ciudad de México son padres por gusto. Los mexicanos de todas las edades, incluso los adultos sin hijos, disfrutan la compañía de los niños, y los consideran una de las cosas más naturales y maravillosas del mundo.

En Santo Domingo, algunos hombres hablan con gusto de los trabajos que les permiten pasar tiempo con sus hijos mientras lo realizan, como los que reparan muebles o zapatos en pequeños talleres en sus mismas casas, u otros como los mecánicos que laboran en la calle frente a sus hogares. Cuando llegaba el camión del gas a eso de las 8 a.m. todos los sábados a la tortillería situada enfrente de mi casa, dos niños de unos seis u ocho años solían acompañar a los individuos que entregaban el gas, y a veces los ayudaban con las mangueras. En verano, cuando venía el cartero en su pequeña moto, su hijo corría de un lado al otro de la calle, metiendo las cartas en los buzones. Otros, por supuesto, hablan de quedarse a trabajar más tiempo del requerido para no llegar pronto a sus casas. Más de uno me confesó que la parte más dura de cada día era después del trabajo, cuando tenía que decidir entre regresar a su casa; es decir, «volver a sus hijos gritones y a su esposa», o matar el tiempo hasta que el resto de la familia se hubiera dormido.

Ahora bien, aun los que parecen mostrar escaso interés, y menos gusto, por sus hijos sienten ciertas presiones culturales para orientar a sus hijos e hijas de vez en cuando. Luciano es un soldador que ya no vive en Santo Domingo pero cuya primera familia habitaba cerca de nosotros, y a menudo todavía trabaja ahí de día. Mientras me contaba su vida, Luciano me habló de los cuatro muchachos y cinco

muchachas (incluida una que había muerto) de esta familia: "Para hacerse un hombre responsable siempre es lógico que viene del padre, de la educación. Y la mujer por la educación de su madre. Tanto de la madre como del padre, no por la naturaleza sino porque es la obligación del padre guiar al hijo".

Como parte de sus deberes paternos, Luciano cree que tiene que impartir ciertos conocimientos a sus hijos y luego dejarlos a que se valgan por sí mismos:

A los chavos son los que estoy ayudando. Oscar ya más o menos sabe la chamba, entonces él va a enseñar a los demás. Ya le dije a él que yo ya me voy a ir, voy a buscar trabajo en otro lado pero para no estar aquí. Me voy ir independizando de ellos para que se enseñen a ser responsables para su casa, porque si yo estoy ellos no hacen nada, están esperando que yo llegue o que esté aquí o que yo lo haga.

El mismo sentimiento era compartido por otro individuo que insistió en que no usara su nombre.

Si usted fue canijo en su vida sus hijos van a salir peor que usted, digamos las mujeres, si su mujer o usted fue canijo entonces las mujeres salen canijas y los hombres salen canijos, si usted es tranquilo y la mujer es canija, como en mi caso, que la mayor parte de mis hijas son canijas y los hombres son tranquilos, porque ellos no fuman, no toman, no nada, nada más el fútbol.

¿Qué sucede cuando no hay hijos varones? Hablé con Leti, madre de tres niñas que contaban entre diez y catorce años. Según ella, la razón principal por la que su esposo nunca ha asumido mucha responsabilidad de las niñas se debe a que no son varones. Se lamenta de que, si hubieran sido hombres, él habría cumplido sus obligaciones de padre, y la vida habría sido muy diferente para ella. Las vecinas observan que este tipo de situación es muy típica de relaciones anticuadas entre madre y padre, y en ese sentido bastante excepcionales en una comunidad que ha sufrido innumerables cambios en años recientes. Es difícil saber si Leti tiene o no razón, pero ella está segura que, de haber tenido hijos varones, su esposo al menos se habría visto presionado socialmente, aunque no obligado, a asumir ciertos deberes paternos.

El marido de Leti, Carlos, el chofer de un camión de transporte, destaca su participación en la crianza de las niñas y no su ausencia. Al igual que otras parejas entrevistadas, Carlos habló de una división del trabajo que él y Leti acordaron cuando las niñas eran pequeñas. Leti las cuidaba de día, y él se levantaba de noche (tenía entonces un trabajo diferente que le permitía permanecer en el Distrito Federal). La primera vez que vi a Carlos, me presumió sus conocimientos de geografía. Me retó a que lo examinara. Le pregunté: "¿Cuál es la capital de Alemania?", y respondió de inmediato: "Bonn, y antes Berlín; hoy en día no se dice cuál". Durante una comida de conejo en adobo que había preparado con ayuda de Leti, Carlos me contó que cuando sus hijas eran pequeñas y tenía que levantarse a menudo durante la noche, había clavado un mapa del mundo en el

techo. Acostado sobre la espalda, a veces por horas, meciendo a una hija hasta que ésta se dormía, estudiaba el mapa del mundo. "Eso y el hecho de ser camionero me enseñó mucha geografía", añadió.

Otro indicio de cómo algunos padres hacen distinciones entre hijos e hijas y otros no, es la existencia de una gran diversidad de normas en lo tocante a la herencia en la colonia. Ángela y su esposo, Juan, van a dejar todo lo que tienen a sus tres hijas y al hijo, todos adultos y casados (sólo la pequeña, Norma, vive todavía en la colonia). Los hijos tendrán que decidir cómo van a dividir el patrimonio entre ellos. De modo similar, Marcos y Delia van a legar su lote y su casa a sus dos hijas. Sin embargo, Luiciano, como propietario legal del lote y de la casa, decidió que sólo sus cuatro hijos varones van a heredar porque cree que sus cuatro hijas pueden encontrar marido e irse.

En la colonia Santo Domingo todavía prevalece entre algunas familias jóvenes la división del trabajo, pero numerosos hombres que tienen hijos pequeños se enorgullecen de que tratan igual a hijos e hijas. Si pasan más tiempo con los muchachos fuera de la casa, alegan a veces, se debe simplemente a que "así sucede" porque "es más conveniente" para el padre y la madre, o porque los muchachos quieren pasar más tiempo con ellos que las niñas. A esto habría que añadir que las madres —probablemente más que los padres— se muestran renuentes a que las muchachas salgan con hombres. Diego me dijo que solía llevar a sus hijas con él cuando salía a tomar unas copas con sus amigos, pero que ahora lo lamenta pues ese tipo de situaciones son impropias para una muchacha, porque éstas no



deberían escuchar y observar las vulgaridades que dicen los hombres cuando se juntan a beber. La esposa de Diego está de acuerdo. De este modo, se perpetúa la costumbre de que desde pequeños los muchachos salgan con sus padres, con la anuencia materna, más a menudo que las niñas.

### Las obligaciones paternas de hombres y mujeres

Además de las diferencias regionales e históricas ya descritas acerca del modo como los hombres han asumido las tareas paternas en México, en Santo Domingo existe una gran diversidad de acuerdo con la generación y con las proclividades individuales. Estos dos últimos factores eran aparentes en 42 entrevistas semiformales que hice con padres y madres de varias edades en la colonia. Además de preguntas sobre el matrimonio, el trabajo y el significado de ser hombres y mujeres, les pedí su opinión acerca de cuál consideraban la principal obligación paterna de los varones, y si ésta era diferente en el caso de las mujeres.

Planteaba seis preguntas que giraban en torno a cómo (y si) las responsabilidades paternas estaban divididas entre el padre y la madre con hijos bebés, pequeños y adolescentes: ¿Quién se hace cargo de las necesidades cotidianas de los niños (baño, alimentación, juego)? ¿Quién les muestra afecto? ¿Quién les ayuda con la tarea? ¿Quién les echa una mano con su parte de las labores domésticas? ¿Quién regaña y quién recompensa? ¿Quién les da instrucción moral?

Los entrevistados declararon abrumadoramente que existían diferencias pronunciadas en las obligaciones paternas: para ponerlo en términos muy sencillos, los hombres debían ante todo y principalmente aportar los recursos económicos para la familia, y las mujeres deberían sobre todo cuidar del hogar (lo que implica hijos, marido y casa, con frecuencia en ese orden). Las respuestas, por supuesto, eran variadas: numerosos hombres y mujeres resaltaban, por ejemplo, el importante papel de los hombres como padres, pero el consenso era inequívoco en cuanto a los ideales enunciados por hombres y por mujeres. Para los hombres, "trabajar", "traer dinero", "ganar dinero", "sostener a la familia económicamente", "cumplir con los deberes maritales económicamente". Para las mujeres, "cuidar a los niños", "atender al esposo", "ocuparse de los hijos y del esposo", "mantener la casa limpia".

Aunque estaba más interesado en quién hacía qué y menos en lo que supuestamente debía ocurrir en la opinión de la persona que estaba entrevistando, y mientras que el principal propósito de la entrevista buscaba desatar una discusión franca acerca de la paternidad y las relaciones de género, hice preguntas específicas y traté de obtener y registrar respuestas específicas.<sup>11</sup> El cuestionario se diseñó en parte con base en premisas que había ido elaborando durante estancias previas en México, y en parte en temas acerca de los que sabía muy poco, tan poco que ni me atrevía a plantear interrogantes. Por ejemplo, la pregunta acerca de quién mostraba afecto a los niños me vino a la

<sup>11</sup> En términos amplios, el grupo era representativo de decenas de millones de mexicanos en el sentido de que pertenecían a la población urbana (más del 50% de la población del país vive en ciudades de 10 mil habitantes o más), con un ingreso promedio por unidad doméstica de entre uno y tres salarios mínimos (entre cuatro y doce dólares diarios en 1993), que viven en una colonia popular y incluyen a varias personas que han emigrado del campo en los últimos quince años. De

Las 42 personas que entrevisté, 27 eran hombres y quince eran mujeres. Todos, salvo tres, tenían por lo menos un hijo: entrevisté a una mujer embarazada, a su esposo, y a otro hombre que "estaba pensando" en tener hijos. La mayoría de los hombres y mujeres contaban entre 25 y 39 años, aunque unos cuantos pasaban de los 55. El grueso no tenía educación formal más allá de la secundaria, algunos apenas habían asistido un año a la escuela, y los más escolarizados contaban con dos años de contaduría. Aproximadamente la mitad de las mujeres con las que hablé tenían un trabajo remunerado fuera de la casa. Unas cuantas preguntas fueron adaptaciones de las planteadas por Arizpe (Cmp.) y su equipo de investigación, *op. cit.*

mente al ver a las madres chiqueadoras y a los padres distantes. La pensé en términos que ofreciera contraste con la pregunta sobre la disciplina, en la que asumí que los hombres llevarían la voz cantante. En cuanto a la formación moral, esperaba que las mujeres llevaran la batuta como responsables de la instrucción religiosa y asuntos similares.

Los comentarios obtenidos en las entrevistas no dejaban lugar a dudas sobre el hecho de que las mujeres eran responsables de bañar y alimentar a los bebés. Las tareas relacionadas con los hijos más

grandes y los adolescentes a menudo se topaban con una respuesta más vaga. Es asimismo revelador que, en el curso de las entrevistas, las mujeres enfrentaran mayores dificultades para evadirse del cuidado de los niños muy chicos, la preparación de la comida, etcétera, con el fin de responder a mis preguntas que los hombres. Cuando se cuenta con un "hombre", éste puede cuidar a los niños y, de hecho, lo hace; pero las mujeres están más presentes y se espera que lo estén, y suelen tener menos flexibilidad que los hombres en lo tocante al cuidado de los niños.

Ahora bien, la razón por la que los hombres se encargan menos de los niños no es un asunto sencillo. La creencia en que las mujeres por naturaleza son más aptas para el cuidado de los bebés es una manifestación ideológica del sistema de valores imperante entre la mayoría de la colonia. Muchos perciben un sistema de constreñimientos como que el cuidado infantil sea automáticamente

asociado al cuidado materno. Las normas sociales en las que la gente ha nacido y se ha criado —es decir, una “conciencia heredada”— interactúan con la toma de decisiones individuales y la conciencia práctica, lo que lleva a las personas a aceptar o poner en tela de juicio el *statu quo* en las vidas de sus hijos, y en sus propias vidas como responsables. Se trata de una preocupación ideológica relacionada estrechamente con otra de índole práctica.

Por ejemplo, en el primer año de un bebé, dar el pecho es más común en Santo Domingo que alimentar con biberón. Esto exige la presencia más bien constante de la madre con el bebé y establece una división bastante rígida del trabajo desde muy temprana edad, lo que sienta un precedente para los primeros años de vida del niño. Empero, como nos recuerda Laqueur,<sup>12</sup> la anatomía es destino: en los casos en que los bebés son alimentados con biberón desde el principio, la participación de los hombres en el cuidado infantil no muestra un incremento significativo. El cuerpo —en este caso, la incapacidad de los hombres de lactar— influye pero de ninguna manera dicta la cultura, aunque el cuerpo es utilizado normalmente para justificar y explicar elaboraciones culturales.

Aun en el caso de que le interesara a uno disputar las normas sistémicas en lo tocante al cuidado infantil materno, constituiría un reto incluso para los iconoclastas más acérrimos. Las presiones laborales vuelven el cuidado infantil en muchos trabajos poco menos que imposible, sobre todo para los hombres. Desde el punto de vista de las parejas individuales, los imperativos en favor de la aceptación son prodigiosos. Mediante distintas ramas del DIF (Desarrollo Inte-

<sup>12</sup> Laqueur, 1990.

gral de la Familia), el Estado proporciona guarderías a partir de los cuarenta días de nacidos para un pequeño número de infantes; este hecho podría estar fomentando inadvertidamente la "deserción" de las familias por los padres. El espacio es extremadamente limitado, y las madres solteras que tienen un puesto de trabajo reciben un trato prioritario. Según una cocinera de una guardería del DIF, situada en la colonia, muchas familias mienten al solicitar un lugar: una mujer registra sus hijos como madre abandonada; una o dos semanas más adelante, el padre "regresa" y comienza a llevar y traer a los niños.

Curiosamente, si bien la mayoría de la gente entrevistada creía que tanto los padres como las madres son cariñosos con sus hijos, un número no despreciable afirmó que los padres eran más o mucho más afectuosos con sus hijos. El hecho de que muchas madres pasen más tiempo con sus hijos que los padres puede traducirse en que algunos hombres chiqueen a los niños cuando están con ellos. Empero, el afecto no se sigue invariablemente de una ausencia relativa. Los hombres de más edad a menudo me hicieron ver la necesidad de que los hombres se mantuvieran distantes con el fin de conservar la autoridad con sus esposas e hijos.

Un día, mientras platicaba con un individuo fuera de Santo Domingo, la discusión se volcó sobre el afecto paterno. Joaquín, de treinta y pocos años, me dijo que él nunca había sentido ternura materna o paterna de sus padres, y que estaba decidido a que su hija de diez años nunca careciera de ese tipo de efecto. Aunque estaba enfermo de SIDA en el momento de nuestra conversación, nunca podía mostrarse tan distante y seco como lo habían sido sus padres

con él. Dado que tiene SIDA, Joaquín es un producto típico de los años ochenta. Pero su visión de esa década tiene matices muy personales:

Hubo una cosa muy chistosa en 1982. Muere mi hermano el más chico, que era la adoración de mi papá y de mi mamá. Ellos querían que yo ocupara su lugar emocionalmente. Mi hermano muere en agosto. Nace mi hija en septiembre. Mi esposa en diciembre me deja ese mismo año con la niña de meses. Me dice, "¿Sabes qué? Me voy". "¿A dónde?" "Me voy para siempre de tu vida". "¿Pero por qué?" "Porque me he dado cuenta de que no soy suficientemente madura para hacerme cargo de una niña". Tenía 19 años. Entonces yo tengo muchas ideas, de un matrimonio, de tener una familia. Después yo me contagié, del 1986 para acá, cuando tuve mi primera relación homosexual.

Parece como si el temperamento y la conducta de los hombres más jóvenes hubieran sufrido un proceso de "naturalización", de modo que el mayor afecto de estos hombres hacia los hijos surge, según dicen, de algo característicamente masculino en este ámbito. Pocos aducen que los hombres sean por naturaleza más pacientes o comprensivos que las mujeres en cualquier situación. Más bien, se observa que con sus propios hijos los padres con frecuencia son más chiqueadores que las madres. "Los hombres no resisten cuando andan con los escuincles", me dijeron en más de una ocasión.

Las madres hacen respetar las reglas más que los padres, aun cuando se trate de golpear. Los hombres de Santo Domingo hablan de

pegar a sus hijos, al igual que ellos fueron abofeteados, nalgueados o recibieron cinturonzos de jóvenes. Pero los castigos más violentos a los hijos hoy en día les son impuestos por las madres, situación que muchos consideran "normal".

Una división del trabajo menos relacionada con el género cae en el rubro de ayudar a los niños con su tarea y las labores domésticas. A menudo el factor clave es cuál padre u otro adulto está en la casa con los hijos más tiempo, aunque en el caso de las tareas escolares, también es importante qué adulto recibió más educación formal. Ninguna tarea es necesaria o generalmente considerada masculina o femenina, lo que explicaría la razón por la cual estas dos preguntas incluían con menos frecuencia justificaciones defensivas y salidas por la tangente. Mientras que la gente parecía pensar en qué imagen se crearía de ellos con sus respuestas a preguntas sobre el afecto y la disciplina, en lo tocante a las tareas y labores domésticas parecía tener menos preceptos sobre cuál respuesta era "correcta" o "incorrecta", cuál más moderna o tradicional, cuál más típica de los ricos o de los pobres, cuál reflejaría mejor el modo como se hacen las cosas en comparación con Estados Unidos.

Como esperaba, aun cuando los dos padres mostraban preocupación por hacer ver a sus hijos la importancia de una conducta ética, la madre estaba más a menudo involucrada en llevar a los niños a la iglesia y ritos religiosos y, cuando son jóvenes, a rezar. La comunicación y organización de la moralidad religiosa por parte de las mujeres se refleja en la preponderancia de éstas en los servicios eclesiásticos en Santo Domingo, y es asimismo reflejo de la gran importancia de

las iglesias, los sitios religiosos y los sacerdotes en la vida de muchas mujeres. Los hombres en Santo Domingo suelen buscar menos que las mujeres el consejo de un sacerdote cuando se encuentran moral o emocionalmente perturbados. Un vecino me dijo una tarde: "Soy católico, pero normalmente no voy a la iglesia". Esto explica en parte por qué la doctrina eclesiástica tiene menor peso para los hombres cuando imparten principios morales a sus hijos.

En cuanto a la guía paterna sobre asuntos tan diversos como los retozos sexuales de sus hijos y la asistencia a la escuela, no noté que las madres en general desempeñaran un papel más activo que los padres. Las creencias y las costumbres difieren sustancialmente de una familia a otra (e incluso dentro de una misma familia), pero no encontré razón alguna para fincar esas generalizaciones que afirman una autoridad masculina exclusiva o última en asuntos de ética, o las que describen a las mujeres como las defensoras de una moral pública (conservadora) en una época de creciente "depravación masculina".

Si queremos valorar el alcance de las diferencias generacionales en el cuidado de los hijos, hay que tomar en cuenta un asunto adicional: el impacto de los cambios en la composición y tamaño de las unidades domésticas, y cómo los cambios en las responsabilidades paternas se han visto estimulados en parte debido a que en el México urbano ya no es tan común hallar familias extensas que vivan juntas y, sobre todo, con las consiguientes mujeres mayores, como lo fue hasta años recientes.<sup>13</sup> Sin duda, muchos hombres están asumiendo ciertas responsabilidades, pre-

<sup>13</sup> Esto no debiera interpretarse como que las familias extensas han de jado de desempeñar un papel importante



en los procesos de género y parentesco. Sobre todo las mujeres de varios estratos sociales en la ciudad de México a menudo juegan un papel clave en el mantenimiento activo de esos lazos, tomando decisiones clave respecto a cómo ayudar a un pariente a conseguir trabajo, quién es invitado a las reuniones familiares y quién es excluido del círculo. Al mismo tiempo, tampoco conviene asumir que antes de los últimos 20 años todo el mundo en México vivía en una familia extensa.

cisamente las que desempeñaban las abuelas y otras mujeres ancianas que ya no suelen residir en muchos de los hogares. Los padres continúan dejando a sus hijos en casa de los abuelos, por ejemplo, cuando los niños están enfermos y ellos trabajan. Pero este tipo de arreglos no siempre son prácticos, en especial si los abuelos viven lejos.

Tampoco es fácil contar con el apoyo de los hombres de más edad en el cuidado infantil. Agustín, que vive en la colonia Santo Domingo, con frecuencia se quejaba de tener más contacto diario con sus nietos del que jamás tuvo con sus propios hijos. A veces salía a dar un paseo para alejarse del ruido. Luego, tras fumar un cigarro, se calmaba y regresaba. Bien estaba que a sus hijos varones no les importara estar con los niños, pero él era un tipo de hombre diferente y no iba a cambiar a su edad.

Aunque las transformaciones en las estructuras de parentesco y la decreciente posibilidad de contar con la abuela se han traducido en una mayor participación de los hombres más jóvenes en las labores paternas, los nuevos hábitos de los padres no se deben principalmente a factores de parentesco. Donde han aparecido ese tipo de hábitos culturales emergentes, se han desarrollado, conscientemente o no, a pesar de barreras formidables, fruto de ideologías culturales dominantes que exaltan las virtudes del padre como proveedor del sustento familiar y a la madre como la responsable del hogar.

Las respuestas que obtuve durante las entrevistas acerca de la paternidad indican las trampas de simplificar los hábitos paternos

en el México urbano, sobre todo en lo tocante a generalizaciones que plantean una homogeneidad entre los hombres de clase baja a los que se atribuye una participación enérgica en el cuidado cotidiano y escaso interés en algo más que no sea la procreación. Por añadidura, si bien la identidad masculina, en especial en lo tocante a los hombres mexicanos, se considera equivalente a irresponsabilidad y violencia, para la mayoría de los hombres y mujeres entrevistados, al menos, ser un padre confiable y comprometido es tan importante para ser hombre, como cualquier otro componente, incluida la potencia sexual.

### **Paternidad y** clase social

Las cambiantes condiciones sociales de México, sobre todo a partir de la crisis de 1982, han fomentado cambios adicionales entre amplios sectores de la población masculina respecto a la paternidad. Las diferencias de pensamiento y hábitos de los hombres de los distintos estratos sociales respecto a ser padres aportan pruebas adicionales de que no pueden hacerse generalizaciones sobre patrones culturales universales, modernos e incluso nacionales (mexicanos) de crianza de los niños, sin tomar en cuenta los efectos de las divisiones de clase y la diversidad de creencias y costumbres. No obstante, como veremos, tales factores "ambientales" socioeconómicos no necesariamente afectan a las familias de una forma predecible. Pero sugieren una vez más la importancia de tomar en cuenta cuestiones de clase, generación, etnicidad y región al analizar las políticas culturales contradictorias de la masculinidad en México.

Entre los intelectuales de la clase media, los tiempos más difíciles económicamente han significado a veces aprender a vérselas sin una muchacha fija, que era algo normal hasta hace poco tiempo. Así, los hombres de este estrato social se encuentran cuidando a sus hijos bastante más tiempo que en el pasado, y la expresión "Estoy de Kramer" se ha puesto de moda. La expresión, proveniente de la película hollywoodesa *Kramer versus Kramer*, significa "tengo que cuidar a los niños" y refleja la imagen cultural de la familia moderna norteamericana prevaleciente en México.

He notado su uso exclusivamente entre intelectuales varones, normalmente precedido por una invitación, por ejemplo por teléfono, de un colega varón a que participe en alguna actividad ociosa. La respuesta "Estoy de Kramer" significa no sólo que la parte invitada está ocupada, sino que lo está cuidando a los niños. Huelga señalar que el informante encuentra este tipo de tarea más bien onerosa; sin embargo, refleja el hecho de que los hombres en las clases medias menos acomodadas están participando en labores paternas a un grado más alto de lo que era común hace tan sólo unos años.

En estas condiciones, resulta interesante recordar la declaración del funcionario bancario de que los hombres mexicanos no cuidan bebés, con su implicación de que tienen tan poco que ver con los deberes femeninos del cuidado infantil como les sea posible. Además de las explicaciones ofrecidas sobre el comentario del funcionario (que era una broma, que venía de Durango, etcétera), hay otro aspecto que debe examinarse aquí: el funcionario estaba expresando cierto desprecio por quienes carecían de los recursos eco-

nómicos que él sí disfrutaba. En una compleja mezcla de clase y género, bien puede haber estado admitiendo su idea de para qué sirve el dinero: pagar a otros para que hagan las tareas desagradables de la vida. Mientras que aun hombres de los estratos medios se han visto obligados en el pasado reciente a enfrentar asuntos relacionados con su papel en la paternidad, y por ende una mezcla confusa de identidades masculinas emergentes e incluso contradictorias, los hombres de mayores recursos han tenido en su mayoría la libertad financiera de mantener su inmunidad para tales cambios en las relaciones de género.

Superficialmente, al menos, el ingrediente diferencial crítico aquí es la muchacha, y el poder darse el lujo de pagar esa clase de ayuda y por tanto evadir una buena parte del cuidado infantil cotidiano.<sup>14</sup>

En el hospital Ángeles, un centro médico elitista donde las señales están en español e inglés y los pacientes con teléfonos celulares son tan abundantes como las sillas de ruedas, no es raro ver a una pareja acomodada caminar animadamente a una sala de espera, seguida por una muchacha uniformada que carga al bebé recién nacido de la pareja.

Un hombre al que conozco ha trabajado muchos años como mayordomo en una mansión exclusiva en las afueras de la ciudad. Se divierte contando a sus vecinos de Santo Domingo acerca del extravagante estilo de vida que la riqueza fabulosa puede comprar, por ejemplo, cómo la caprichosa señora de la casa puede enviar el avión de la familia a la costa del Pacífico para que recoja camarones frescos para la cena. Cuando se sirve la comida, sin embargo, a los

<sup>14</sup> Véase, sobre la historia de las trabajadoras domésticas en la ciudad de México, Mary Goldsmith (1990).

hijos no se les ve por ninguna parte. Los niños comen en la cocina con el servicio hasta que se les considera suficientemente mayores para tener buenos modales.

Lomnitz y Pérez Lizaur (1987) llevaron a cabo un estudio etnográfico de una familia de la élite mexicana durante siete años. Afirman que, en general, en las familias de la élite: "La participación (del padre) en la crianza de los hijos es indirecta; ocasionalmente puede jugar con sus hijos pequeños o, cuando crecen, introducir a sus hijos de manera gradual a ciertos aspectos del mundo masculino. La crianza de los niños es responsabilidad directa y formal de la madre".<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Lomnitz y Pérez Lizaur, 1987, p. 210.

Al menos para muchos padres de la colonia Santo Domingo, esto no es así. El observar simplemente las responsabilidades más grandes que tienen las mujeres tanto en la élite como en las clases populares en lo tocante a la crianza infantil, pasa por alto las enormes diferencias de contenido en cuanto a la paternidad en uno y otro contexto. Los padres de la colonia son parte integral en mayor grado en todas las etapas de la vida de sus hijos. Más allá de una diferencia meramente cuantitativa en cuanto al tiempo asignado de atención de los padres a sus hijos, la mayoría de estos hombres definen su masculinidad y la de otros en parte en términos de su papel activo en la paternidad.

No sostengo que nacer en las clases populares vuelve a un padre mejor o más cuidadoso en un sentido abstracto. Pero la pertenencia a las clases sociales más bajas puede resultar, entre otras cosas, en una paternidad más activa, sobre todo en la sociedad mexicana, en

la que los miembros de los estratos más altos todavía pueden darse el lujo de contratar a otros para cuidar a sus hijos. Es decir, debemos reconocer una relación entre la paternidad y la clase social en la ciudad de México que, a su vez, involucra a numerosos hombres (y mujeres) en la transformación práctica de sus vidas sociales y, por tanto, también en su concientización. Deseo afirmar la importancia de la clase como una categoría fundamental, aunque compleja. Como señala Stuart Hall, si bien no suficientemente determinante para explicar la transformación de ideas y hábitos, "los intereses de clase, la posición de clase, y los factores materiales son puntos de partida útiles, aun necesarios, en el análisis de cualquier formación ideológica".<sup>16</sup> La clase establece diferencias en los hábitos relacionados con las responsabilidades paternas y, en consecuencia, debe ser tomada en cuenta para la descripción y el análisis.

<sup>16</sup> Stuart Hall, 1988, p. 45.

Cuando asistí a un simposio sobre "La pareja" en el Centro Cultural de Coyoacán, llevé a Lilitiana en su canguro. Era la única bebé presente. ¿Quién sino un extraño llevaría tales quebrantadores potenciales de las reuniones sociales cuando podían dejarse en casa con la muchacha y todo el mundo tan campante? Empero, una ausencia tal de niños sería impensable en Santo Domingo. En las reuniones comunitarias, como la junta quincenal de jefes de manzana y las reuniones de los promotores de las comunidades cristianas de base, los niños siempre se hallan presentes, moviéndose entre las piernas de sus padres, o absortos en dibujar en el pizarrón cerca de algún pariente de más años.

Como afirma Lourdes Arizpe en la conclusión de su estudio sobre los sistemas de creencias en Zamora, Michoacán: "Todo lo anterior

<sup>17</sup> Arizpe, *op. cit.*, p. 253. Sobre las distinciones en lo tocante a asuntos de género y su relación con diferencias de clase, véase también de Barbieri (1984).

permite concluir que no existen dos subsistemas distintivos de creencias entre mujeres y hombres que sobredeterminen por encima de todas las diferencias de clases."<sup>17</sup>

No creo que sea una señal de apocamiento intelectual observar que el concepto mismo y la relevancia de la clase social deben explicarse y defenderse en ciertos ámbitos académicos, en los que hoy en día, como señala Michelle Barrett, "la clase social, como tema, es definitivamente categoría non grata"<sup>18</sup>. Esta situación se debe, al menos en parte, al materialismo mecánico que, so pretexto de las relaciones económicas, convierte a las creencias en un fruto automático de la pertenencia de clase. Empero, la situación no justifica el exilio del análisis de clase del trabajo académico contemporáneo. Ejemplos sacados de México, tanto históricos como contemporáneos, indican que las ideas y las actividades relacionadas con la paternidad se han desarrollado de forma consistente, si bien compleja, con relación a las formaciones de clase.

<sup>18</sup> Barrett, 1992, p. 216.

### La paternidad y la igualdad de género

Algunas académicas feministas norteamericanas consideran que la crianza y el cuidado de los niños son un reducto habitual, y a menudo exclusivo, de las mujeres. Mientras que sus argumentos descansan, irónicamente, en la premisa de que tales hábitos son culturales

y por tanto no tienen por qué ser rasgos permanentes de las relaciones humanas, escriben como si los patrones en lo tocante a la paternidad variaran poco entre las diversas culturas. Sara Ruddick escribe: "Ser 'madre' consiste en asumir la responsabilidad del cuidado infantil, volviendo esta tarea una parte regular e importante de la vida laboral".<sup>19</sup> Nancy Chodorow comienza su famoso estudio *La reproducción de la maternidad* con la sencilla declaración: "Las mujeres son madres de profesión". Luego añade: "Aunque los padres y otros hombres pasan distintos lapsos con los bebés y los niños, el padre rara vez es el principal responsable paterno del niño".<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Sara Ruddick, 1989, p. 17.

<sup>20</sup> Chodorow, 1978, p. 3.

En lo referente a la colonia Santo Domingo, concuerdo con buena parte del comentario de Ruddick y con el análisis de Chodorow, sobre todo en la implicación de que las divisiones del trabajo paterno y materno son básicamente de índole cultural y no biológica, y por ende más receptivas al cambio. Sin embargo, considero que estas autoras prestan poca atención a las variaciones culturales, y al hecho de que todavía tenemos escaso conocimiento acerca de los hábitos relacionados con la paternidad desde un punto de vista histórico y global.<sup>21</sup> La crianza y cuidado de los niños entre la clase media blanca norteamericana distan de ser representativos de cualquier otro ámbito cultural.

El punto acerca de que los hombres no son ni de lejos tan activos con los niños como las mujeres es también característico de la situación, por ejemplo,

<sup>21</sup> En una nota, Chodorow cita trabajos de 1958, 1959 y 1961 sobre "comparaciones transculturales de la relación entre estructura familiar y la preocupación masculina con la masculinidad" *ibid.*, p. 238, nota 24; véase también Chodorow 1989:233, n. 26; apenas se le puede culpar por la investigación comparativa obsoleta que cita, o atribuírsele la escasez de investigaciones. Por otra parte, en lugar de sacar muchas conclusiones transculturales de estos estudios, me resulta más útil señalarlos como evidencia de que nos queda mucho trabajo por hacer.



de la colonia Santo Domingo de principios de los años noventa; empero, es un error reducir el ser padres, la maternidad y la paternidad, a lo que sucede durante los primeros años de la vida del niño. Madres y padres son padres de por vida, con mayor o menor grado de influencia y obligaciones dependientes de numerosos factores. Por añadidura, aunque los padres pueden ejercer mayor influencia, la socialización de los niños, incluida su guía acerca de si van a ser padres y cómo, tiene lugar no sólo en la familia sino en la escuela, mediante la televisión y otras fuentes.

Si Chodorow estuviera en lo cierto al señalar que los orígenes culturales de la masculinidad deben entenderse como una actitud opositora a la sobreexposición de los muchachos a la influencia de su madre, sería de esperar un interés menos marcado por la identidad masculina en la clase trabajadora de la ciudad de México, donde numerosos padres desempeñan una parte activa en la educación de sus hijos, que en los grupos sociales más altos, en los que los padres suelen estar ausentes de la familia. No obstante, el discurso oficial en lo tocante a los hombres mexicanos y el machismo va en dirección contraria, pues se dice que los hombres de clase trabajadora valoran la virilidad bruta e ignoran a sus hijos. Tampoco nos ayudan gran cosa para entender a los padres y la paternidad en Santo Domingo los vastos análisis en diversas culturas. Chodorow afirma:

En la familia nuclear aislada de la sociedad capitalista contemporánea, el desarrollo masculino tiene lugar en una familia en la que las mujeres son madres y los padres se involucran relativamente

poco en el cuidado infantil y en la vida familiar, y en una sociedad caracterizada por la desigualdad sexual y una ideología de superioridad masculina.<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Chodrow, *The reproduction of mothering*, pp. 180-181.

Señalar que no todas las sociedades capitalistas son iguales no desmiente la importancia del capitalismo. Se trata simplemente de llamar la atención a formas culturales particulares que el mismo capitalismo ha asumido.<sup>23</sup>

<sup>23</sup> Véase Smith 1984 y Watts 1992.

Tanto Chodorow como Ruddick analizan la responsabilidad básica de las mujeres para con los hijos como parte integral de la subordinación de éstas, y aducen que el grado de labores relacionadas con la paternidad compartidas entre hombres y mujeres es la prueba clave del grado de igualdad de género en una sociedad. Creo que la responsabilidad paterna es una indicación de la igualdad de género, aunque tal vez no una medida tan precisa como se ha sostenido. En la colonia Santo Domingo, como en otras partes de México hoy en día y en el pasado rural y urbano, hallamos formas de ser padres tan distintas como para llevarnos a poner en tela de juicio tales conclusiones, que descansan casi de modo exclusivo en un ámbito norteamericano particular.

En cuanto al tema de la igualdad de las mujeres, en Santo Domingo la participación masculina activa en las labores paternas no significa necesariamente que la situación de las mujeres sea mejor (o peor) que en otras partes del mundo. Conviene revisar nuestra idea de que todos los hombres mexicanos, tanto en la actualidad como históricamente, tienen poco que ver con los hijos. En cambio,

una participación paterna más o menos activa parece responder en mayor medida a otros factores, como la clase, el período histórico, la región y la generación. Aunque no para todos, para muchos de los hombres y mujeres de la colonia Santo Domingo en los años noventa, la paternidad activa, consistente y de compromiso a largo plazo representa un elemento básico de lo que significa ser hombre y algo que los hombres hacen.

Estos ejemplos también muestran lo que Armando Ramírez escribe en su penetrante novela sobre el México urbano, *Chin, Chin el teporocho*: "ser teporocho es llegar a ser nadie, es no importarte nada, ni tu vida, ni tus hijos, ni tu esposa, es perderlo todo, es llegar a no tener ni madre. Significa también perder todo, ni siquiera tener madre".<sup>24</sup> En otras palabras, como demuestra Ramírez y lo confirma el dicho popular, los míticos padres son de poca madre.

En este trabajo he tratado de mostrar lo que revelan y lo que esconden los mitos acerca del significado de la paternidad y los hábitos que determinan cómo se es padre en la ciudad de México.

### Bibliografía

ARIZPE, LOUIS. "Relay Migration and the Survival of the Peasant Household", en Helen Safa (ed.) *Towards a Political Economy of Urbanization in Third World Countries*, Oxford University Press, Nueva Delhi, 1982, pp. 19-46.

<sup>24</sup> Armando Ramírez, *Chin Chin el teporocho*, 1973, p. 73.

- *Cultura y desarrollo: Una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana*. UNAM-Porrúa-El Colegio de México, México, 1989.
- BARRETT, Michelle. "Words and Things: Materialism and Method in Contemporary Feminist Analysis", en Michelle Barrett y Anne Phillips (eds) *Destabilizing Theory: Contemporary Feminist Debates*, Stanford University Press, Stanford, 1992, pp.201-19.
- BOWLEY, John. *Child Care and the Growth of Love*, Pelican, Londres, 1953.
- *Attachment*, Pelican, Londres, 2 vols, 1969.
- CHODROW, Nancy J. *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, University of California Press, Berkeley, 1978.
- *Feminism and Psychoanalytic Theory*, Yale University Press, New Haven, 1978.
- DE BARBIERI, Teresita. *Mujeres y vida cotidiana*, SEP/80, México, 1984.
- FOSIER, George. *Tzintzuntzan: Los campesinos mexicanos en un mundo en cambio*. FCE, México, 1972.
- FROMM, Erich y Michael MACTOBY. *Social Character in a Mexican Village: A Sociopsychanalytic Study*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1970.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor, Patricia SAFA y Lourdes GROBET. *Tijuana, la casa de toda la gente*, INAH-ENAH-Programa Cultural de las Fronteras-UM.I-Conaculta, México, 1989.

- GOLDSMITH, Mary. "Female Household Workers in the Mexico City Metropolitan Area", Universidad de Connecticut, tesis de doctorado, 1990.
- GUIMANN, Mathew C. *The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City*, University of California Press, Berkeley, 1996.
- "Mamitis and the traumas of Development in a Colonia Popular in Mexico City". En *Small Wars: The Cultural Politics of Childhood*» Nancy Scheper-Hughes y Carolyn Sargent, (eds), University of California Press, Berkeley. En prensa, 1998a.
- *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México: Ni macho ni mandilón*. Nair Anaya Ferreira (trad.), PIEM, El Colegio de México, México. En prensa, 1998b.
- HALL, Stuart. "The Toad in the Garden: Thatcherism among the Theorists" en Cary Nelson y Lawrence Grossberg (eds.) *Marxism and the Interpretation of Cultures*, University of Illinois Press, Urbana, pp. 35-57, 1988.
- HARLOW, Harry. *Learning to Love*, Ballantine, Nueva York, 1971.
- INGHAM, John M. *Mary, Michael and Lucifer: Folk Catholicism in Central Mexico*, University of Texas Press, Austin, 1986.
- JELIN, Elizabeth, Pablo VITA y Alicia D'AMICO. *Podría ser yo: los sectores populares urbanos en imagen y palabra*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1987.
- LAQUEUR, Thomas. *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Harvard University Press, Cambridge, 1990.
- LEWIS, Oscar. *Tepoztlán: Un pueblo de México*. Lauro J. Zavála, trad., Joaquín Mortiz, México, 1968.

- LOMTEZ, Larissa y Marisol Pérez-Lizaur. *A Mexican Elite Family: 1820-1980*, Princeton University Press, 1987.
- MEAD, Margaret. *Male and Female: A Study of the Sexes in a Changing World*, William Morrow, Nueva York, 1949.
- NASH, June. *In the Eyes of the Ancestors: Belief and Behaviour in a Mayan Community*, Waveland, Prospect Heights, 1970, 1985.
- RAMÍREZ, Armando. *Chin, Chin, el teporocho*, Grijalbo, México, 1972, 1985.
- ROMEY, Kimball y Romaine ROMNEY. "The Mixtecan of Juxtlahuaca, Mexico", en Beatrice Whiting (ed.) *Six Cultures: Studies in Child Rearing*, John Wiley, Nueva York, 1963, pp.541-691.
- RIDDICK, Sara. *Maternal Thinking: Toward a Politics of Peace*, Beacon, Boston, 1989.
- SCHIEFER-HUGHES, Nancy. *Death Without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil*, University of California, Berkeley, 1992.
- TAGGART, James M. "Fathering and the Cultural Construction of Brothers in Two Hispanic Societies", *Ethos* 20 (4), 1992, pp. 421-52.